

nor pariente cercano de Jesu-christo, que fué obispo de esta ciudad. Ambos recibieron aquí la palma del martirio, el uno por el orden de Herodes Agripa que le mandó degollar, y el otro á manos de los judíos, que le precipitaron desde lo alto del texado del templo. San Andres fué enviado á los de Escitia, desde donde pasó á la Grecia y al Epiro. San Felipe dirigió sus pasos hácia la Asia mayor, y murió mártir en Hierápolis de Phrigia. Santo Tomas se encaminó á los parthos, y penetró hasta la India. En la Armenia mayor predicó san Bartolomé, y desde aquí pasó tambien á la India adonde llevó el Evangelio de san Mateo. San Simon el Cananeo eligió la Mesopotamia y la Persia para teatro de su mision. San Mateo extendió el conocimiento de Jesu-christo en la Etiopia. San Judas nombrado tambien Tadeo trabajó en diversas regiones de la Arabia y de la Idumea. San Matias recorrió el Egipto y el pais de los abisinios: y san Bernabé, como se sabe, fué el compañero de los trabajos de san Pablo. Que todos estos hombres prodigiosos formados en la escuela del Salvador recibieron la corona del martirio, y sellaron con su sangre las verdades que habian anunciado al mundo, es una opinion que sube hasta los tiempos mas lejanos.

ARTICULO IV.

Escritos de los apóstoles.

Los apóstoles y sus primeros discípulos desde luego enseñaron de viva voz segun el método que habia practicado Jesu-christo. Quando sus instrucciones se dirigian á los judíos, y querian convencerlos de la venida del Mesías, de la insuficiencia de la ley, de la necesidad de creer que las profecias habian tenido su cumplimiento en la persona de Jesus Nazareno, Hijo de Dios, é hijo del hombre á un mismo tiempo, y de la eficacia de la redencion que habia obrado por su sangre, suponian todas las demas verdades señaladas en las santas escrituras, cuyo depósito se conservaba en la sinagoga; mas quando hablaban con los paganos obstinados en sus vanas supersticio-

nar á algun extremo por no ser las razones suficientes, mas vale la credulidad reverente, que la tenacidad en la crítica. Estud. Monásticos p. 2. cap. 3.

nes, y que habian perdido las huellas de las primitivas nociones sobre la naturaleza de Dios, la causa formatriz del mundo, el estado originario del género humano, y el destino del hombre; se remontaron á los primitivos principios, y se aplicaron á probar la unidad de Dios, la creacion, la providencia, la depravacion de la naturaleza humana por el pecado, la inmortalidad del alma, las recompensas, y los castigos de la otra vida. De estas dos maneras de instruir tenemos exemplos en los discursos de san Pedro á los judíos de Jerusalem, y en el que hizo san Pablo delante del Areópago de Atenas.

Y así la predicacion fué la primera forma de enseñanza empleada en la Iglesia, y la tradicion oral el primer canal destinado á perpetuar de edad en edad las verdades de la salvacion. No se determinaron á escribir los apóstoles, sino despues que fueron obligados por las circunstancias y las necesidades de la sociedad christiana. Los padres siguieron su exemplo, lo que hace que no tengamos de sus manos aquellos tratados metódicos, en los cuales los asuntos se consideran segun todos los aspectos que presentan, y de donde se desciende por el orden analítico de los principios demostrados á las consecuencias mas lejanas. En sus escritos polémicos solo se inclinan á establecer los puntos contestados por los hereges que tenían que combatir, y en sus discursos á los pueblos recorrian todas las verdades en las quales era necesario instruirlos y afirmarlos, sin sujetarse á ningun plan seguido y coordinado.

El primero de los apóstoles que escribió fué san Mateo á instancias de los fieles de la Palestina, á quienes le era preciso dexar, por ir á predicar el Evangelio á naciones remotas. Compuso su historia de las acciones y de las palabras del Salvador. Usó la lengua vulgar de los judíos de su tiempo, que era un hebreo mezclado de siriaco. No ha llegado á nosotros sino la traduccion griega atribuida á diversos autores, y que ciertamente es de la mas remota antigüedad. Intitula su obra Evangelio, esto es, dichos nueva, título que conviene admirablemente á la relacion de las acciones y á la saludable doctrina del Salvador.

San Marcos, discípulo é intérprete de san Pedro, escribió asimismo un Evangelio para la instruccion de los fieles de Roma, adonde habia seguido á su maestro. Que

haya sido escrito en latin, y no en griego, como algunos lo pretenden, no hay razon alguna para creerlo. Este evangelista pasó á Egipto baxo el imperio de Claudio, y allí fundó la Iglesia de Alexandria, que se hizo bien pronto muy floreciente, y fué una de las quatro Sillas de Oriente desde su origen.

San Lucas, natural de Antioquia de Siria, médico de profesion, se aficionó á san Pablo á quien siguió en sus viages. Escribió su Evangelio siguiendo las instrucciones de su maestro. Insiste mas sobre los hechos que los demas historiadores del Salvador. Se pretende que el apóstol, de quien fué compañero fiel, señala su obra, quando expresa en sus epístolas: *segun mi Evangelio*, ó segun el Evangelio que habeis aprendido de mí. Tambien ha dexado san Lucas un libro precioso, con el título de *Hechos de los Apóstoles*, en donde refiere sucesos en los quales ha tenido parte, ó de los que ha sido testigo. En su estilo se nota mas pureza, y en su narracion mas elegancia que en todos los demas escritores sagrados del nuevo testamento; porque habia sido su educacion mas distinguida, y de consiguiente los estudios relativos á su profesion, le habian acercado al punto de conocer los buenos modelos del arte de escribir.

San Juan, dicho por sobrenombre el teólogo, á causa de la sublimidad de sus ideas, y del elevado vuelo que toma desde el principio de su Evangelio, en que parece haber penetrado en el seno de Dios, para descubrir allí el nacimiento eterno del Verbo, igual á su Padre, á ruegos de los obispos de Africa, tomó la pluma para refutar los errores de Cerinto y de Ebion, que negaban la divinidad de Jesu-christo. Tenemos asimismo de su mano tres epístolas, la una dirigida á los partos, que habia instruido en la fe, y que se ha citado por largo tiempo baxo este título; la otra á Electra, dama christiana, que se habia distinguido por su eminente virtud; y la tercera á Cayo, que se cree ser aquel discípulo de san Pablo convertido en Corinto, y que con este apóstol habia sido arrestado en la sedición que el platero Demetrio habia excitado contra ellos en Efeso. Respiran generalmente estas tres epístolas un ardiente zelo contra los enemigos de la divinidad de Jesu-christo, y la tierna caridad que habia agotado de su divino maestro su discípulo muy amado. En fin nos ha

dexado san Juan el Apocalipsis, libro profundo y misterioso, en donde el santo apóstol iluminado de una luz profética anuncia el destino de la Iglesia, sus combates, sus victorias, y su eterna bienaventuranza en el celestial descanso.

Tenemos del apóstol san Pablo catorce epístolas que no estan ordenadas en las ediciones del nuevo testamento segun la clase de tiempos en que han sido escritas: y por lo mismo en la corta idea que vamos á dar, no habemos creído deber hacer la menor mudanza. Este orden se hallará restablecido en la tabla cronológica inserta en este volumen.

La epístola á los romanos es toda dogmática: prueba en ella san Pablo por los extravíos de los filósofos y sus monstruosos desórdenes la flaqueza de la razon humana, la insuficiencia de la ley natural para llegar á la verdadera justicia, que no se puede adquirir sino por la fe en Jesu-christo, y por la gracia que nos ha comprado con sus méritos.

En la primera á los Corintios reprehendí vigorosamente san Pablo las divisiones que se habian levantado entre muchos, por un resto de aquel gusto de partido, que les habian inspirado los filósofos sus antiguos maestros, repartidos en diferentes sectas contrarias las unas á las otras. Les inspiró el mas grande respeto por la divina Eucaristía, y entrega á satanas al uno de ellos que habia cometido un incesto, para ser atormentado en su carne, hallándose ordinariamente seguida de algun castigo visible la excomunion en estos primeros tiempos. Habiendo sabido el apóstol el sentimiento, y la mudanza de los Corintios, les escribió una segunda epístola para consolarlos, y restablecer al incestuoso en el uso de los bienes espirituales, de los quales habia sido privado: en fin se aprovecha del consejo que les da para realzar la gloria de su apostolado, que falsos doctores se complacian en degradar.

Escribiendo su epístola á los gálatas, se propone san Pablo establecer contra los christianos judaizantes, que las obras de la ley ceremonial son inútiles para arribar á la verdadera justicia, y en ella muestra que no hay verdaderos justos sino por Jesu-christo, de quien vienen todos los méritos que deben ser coronados.

Esta misma verdad es tambien en parte el objeto de la epístola á los de Efeso, en la que declara de nuevo el apóstol, que el beneficio de la justificacion es el fruto de la muerte del Redentor: lo que apoya sobre el dogma terrible de la predestinacion, y como para suavizar lo que hay de duro y espantoso concluye, dando á los fieles excelentes preceptos para tener una vida santa en todas suertes de condiciones, de que se infiere que las buenas obras son un medio seguro para llegar á la eterna felicidad.

En la carta que escribe san Pablo á los filipenses, les da gracias por los socorros que le habian enviado durante su primera cautividad en Roma, y los exhorta por el exemplo de Jesu-christo á vivir en el amor de la paz y de la humildad. En esta epístola es en donde dice, *que Dios obra en nosotros el querer y el hacer segun su divino agrado*: célebre pasage que san Agustin repite frecuentemente en sus escritos contra los pelagianos, para demostrar la necesidad y lo gratuito de la gracia. Ciertos hombres falsamente espirituales predicaban á los christianos de Colosos, que no era necesario encaminarse á Dios por Jesu-christo, porque es muy elevado, sino por los ángeles que son potestades intermedias colocadas entre nosotros y el soberano Sér. San Pablo les escribe para desengañarlos de un error tan injurioso á Jesu-christo, al qual les representa como el solo mediador entre Dios y los hombres, y el único manantial por donde el espíritu y la vida se derraman sobre todos los miembros de la Iglesia.

Hallándose expuestos los fieles de Tesalónica á violentas pruebas por razon de su fe, el apóstol les dirigió dos epístolas para consolarlos y recordarles verdades capaces de infundirles valor. Alaba su caridad, los exhorta al trabajo, los enseña á llorar los muertos de una manera digna de la religion christiana, y les asegura que el fin del mundo no estaba tan cercano, por mas que algunos lo pretendian.

Bastan solo las dos epístolas á Timoteo, obispo de Efeso, para demostrarnos la alta sabiduría de san Pablo, y su experiencia en el grande arte de gobernar á los hombres. Allí da á sus discipulos los mas utiles preceptos, tanto para conducir á otros, como para dirigirse á sí mismo en las diversas funciones de su ministerio; les demuestra las

qualidades que se deben buscar en aquellos que elegia para el ejercicio de los cargos eclesiásticos; les previene oponerse á los que turban la union de los fieles con vanas disputas, y les recomienda conservar el depósito de la sana doctrina en toda su pureza, aplicándose á la lectura, conservando preciosamente la gracia de su ordenacion, y no cesando de reprehender con fuerza y con dulzura á los que se resisten á la verdad.

Repite los mismos consejos el apóstol, y prescribe las mismas reglas en su epístola á Tito, á quien habia establecido superior en todas las Iglesias que se habian formado en la isla de Creta.

La que escribió á Philemon christiano y natural de la ciudad de Colosos devolviéndole un esclavo fugitivo llamado Onesimo, al qual habia instruido y bautizado en medio de sus prisiones, respira la mas ardiente caridad, y hace sobresalir con toda su claridad el verdadero espíritu del christianismo.

La epístola á los hebreos es de una eloqüencia divina: toma en ella el apóstol un sublime vuelo, y describe con una elevacion que arrebatara el carácter del eterno Pontífice; y para hacer ver la excelencia de la nueva ley, superior á la antigua, que no era sino una sombra y una figura, opone mediador á mediador, ministerio á ministerio, sacerdocio á sacerdocio, víctima á víctima; y á cada rasgo de este paralelo penetrante demuestra con una fuerza admirable, como el culto christiano en su noble simplicidad se eleva sobre el culto legal, á pesar de la magnificencia y aparato pomposo de que se halla rodeado.

Habiendo observado Santiago el menor que algunos abusaban de la doctrina de san Pablo sobre la necesidad de la fe, evidentemente demuestra en su epístola católica que no son ménos necesarias las buenas obras: que la verdadera justicia encierra esencialmente la voluntad de cumplir la ley de Dios: y que en vano se posee la verdad, quando no se practica la virtud.

San Pedro en su epístola primera dirigida á los judios de Asia, que habian abrazado el christianismo, les hace conocer la excelencia de su vocacion, y la obligacion de padecerlo todo ántes que abandonar la fe. El inspirar á los fieles una justa separacion de los falsos doctores y de los hereges, es el asunto de su epístola segunda. Este es

asimismo el objeto de la epístola católica del apóstol san Judas, que caracteriza á los novatores de un modo enérgico, apellidándolos, *nubes sin agua, que se mueven á la voluntad de los vientos.*

Tales son las obras comprendidas en el canon de las escrituras del nuevo testamento, que la Iglesia recibe como auténticas, y que hacen parte de la revelacion.

Acerca de los cánones atribuidos á los apóstoles, todos al presente convienen en que no son obras suyas: pero al mismo tiempo que se niegan á admitirlos baxo este título, estan concordes los sabios en mirarlos como un monumento de la mas respetable antigüedad, el santo papa Leon IX ha reconocido cincuenta de estos cánones como ortodoxos hácia el medio del XI siglo, refutando por la pluma del cardenal Humbert, su legado en Constantinopla, una epístola favorable al cisma de los griegos, escrita por Nicetas, monge de Stude.

Es mas moderna la coleccion de las constituciones apostólicas; pues que no han principiado á parecer hasta el IV ó V siglo. Y por otra parte contienen señales de suposicion muy perceptible en tal grado, que muchas de estas constituciones comprenden cosas favorables al arrianismo, prueba evidente de que san Clemente no fué el autor.

Debe ser colocado en la clase de los escritores de este siglo este santo papa, discípulo del apóstol san Pedro, y su sucesor en la cátedra pontifical despues de san Lino y san Anacleto. Hay de él una carta que escribió á los fieles de Corinto para sosegar un cisma que entre ellos se habia levantado. El zelo y la fe de los apóstoles brillan allí por mil rasgos vivos y penetrantes. Habla en este escrito de diferentes grados que componen el orden gerárquico, de las congregaciones religiosas, del sacrificio de la Eucaristía, del modo de conocer la disciplina de estos primeros tiempos, y de confundir las acusaciones intentadas por los autores de la reforma contra la Iglesia romana. El respeto con que se miraba esta carta era tan grande, que se leia aun públicamente en la Iglesia de Corinto, como los escritos canónicos, mas de setenta años despues de la muerte de san Clemente que se fixa hácia el último año de este siglo; en cuyo tiempo se cree que recibió la corona del martirio. De todos los escritos atribuidos á este santo pontífice, este es el único que se mira como auténtico.

ARTICULO V.

Hereges y otros enemigos de la fe en el primer siglo.

En todo su esplendor brillaba la verdad, y brotaban aun sus primeros manantiales, quando para corromper las aguas se esforzó el espíritu de la novedad; de cuyo azote aun no estuvo exento el tiempo de los apóstoles. Simon, Cerinto, Himeneo, Ebion, Menandro, y otros muchos, cuyos nombres oscuros y detestables apenas han llegado á nosotros, turbaron el reposo de la sociedad christiana, entretanto que los enviados de Dios trabajaban con un zelo infatigable en plantar sus cimientos y en afirmarlos. Todos estos hereges entre sí tan diferentes por las ideas extravagantes que abortaron, y por la impia mezcla que hicieron con las verdades de la fe, solamente se semejaron en que el espíritu de locura de que se hallaban agitados, y de que temian el arte de comunicarle á sus discípulos, los abismó en las mas ridículas imaginaciones, y en los mas monstruosos excesos.

La mayor parte combinando de muchas maneras el sistema de emanaciones y la doctrina de los genios con los principios del judaismo y las verdades enseñadas por los apóstoles, formaron sus opiniones. De estas distintas combinaciones en que ninguno tenia otra guia que los caprichos de su imaginacion, no podia resultar sino un monton informe de extravagancias y suposiciones. Pretendia uno que Jesu-christo no habia hecho mas que dibujar la obra de Dios y la perfeccion del hombre, y que para consumir esta grande empresa, habia hecho el cielo descender á él su fortaleza y su sabiduría: tal era Simon primero discípulo, y poco despues desertor de la fe, que para sostener una pretension tan absurda se hacia llamar *la virtud grande de Dios*, y se entregaba á los secretos de la magia, para imitar con sus ilusiones los milagros de los apóstoles, de quienes habia querido comprar el don de lenguas, y el poder de conferir el Espíritu santo.

Enseñaba otro que el Salvador habia traído á la tierra dos especies de doctrina: la primera era pública, y la en-

contraba en los libros del nuevo testamento: la segunda secreta, y no habia sido confiada sino á algunas personas de satisfaccion, que la habian transmitido á otros por una oculta tradicion, y esta misteriosa doctrina enseñaba el arte de mandar á los genios, de obrar prodigios, y de adquirir en esta vida la dicha y la inmortalidad. Así hablaron Menandro, Dositheo, &c.

Estos se entregaban á genealogías sin fin, y suponian un tropel de entes imaginarios entre Dios y los hombres, y á estos genios propicios ó malignos era á quienes atribuian el gobierno del mundo, los fenómenos de la naturaleza, y los hechos milagrosos. Que no habian hecho Moyses y Jesu-christo por sí grandes milagros, sino por la intervencion de estas potestades invisibles; y por el mismo medio los hombres iniciados en el culto secreto que les era favorable, podian obrar semejantes prodigios. Tales eran los sueños de un Ebion, de Theodoto y de un Cleobulo.

Aquellos, mas judios que christianos, reunian la ley mosayca con los preceptos del Evangelio, y no era para ellos Jesu-christo sino un hombre mas perfecto que los demas, sobre el qual habia hecho Dios reposar su espíritu; un genio bienhechor, á quien habia dirigido la luz del cielo, y que habia venido para iluminar á los hombres y hacerlos mejores. Conservaban las observancias de la ley, y se entregaban á las prácticas de una perfeccion mal entendida por una falsa interpretacion de los consejos evangélicos. De este número eran los nicolaitas, los nazarenos, y los corintios.

Casi todos atacaban la generacion eterna, y la divinidad de Jesu-christo, haciéndole nacer de Josef y de María por la via ordinaria, y algunos aun se adelantaban hasta negar que hubiese verdaderamente muerto y resucitado. Se autorizaban con algunos pasages de la escritura, y sobre todo con los profetas, que parecian favorables á sus ideas, ó que los acomodaban con arbitrarias explicaciones: suprimian de los libros revelados todo aquello que les era contrario, y esparcian baxo los nombres de patriarcas y de apóstoles libros apócrifos y falsos Evangelios en que habian inxerido sus perversos dogmas.

Es mucho abatimiento para la razon humana el que todos los autores de semejantes extravagancias hayan dexado discípulos; pero es muy glorioso á la Iglesia, y de

mucho consuelo para los verdaderos fieles, que no haya sido necesario para confundir á estos antiguos predicadores, y para aniquilar sus sectas, sino la reprobacion de los apóstoles, y la comun enseñanza de los pastores que les sucedieron.

Qué afliccion puede ser mayor para la religion, que haber tenido que defenderse contra los enemigos nacidos en su seno, y alimentados con su leche! Mas al mismo tiempo tenia que combatir por la parte de afuera con otros contrarios igualmente temibles. Eran estos los filósofos que habian salido la mayor parte de la escuela de Alexandría, que recorrian el mundo para exhortar á los hombres á la virtud, y recordarles el miedo de los dioses: eran como los apóstoles de la idolatría que procuraban conciliar con la razon por alegorías y sentidos morales, que hacian estas ficciones mas soportables. Se les escuchaba con apresuramiento, y por todas las ciudades en donde arengaban, los pueblos los seguian atraídos de una eloqüencia dulce y florida por modales agradables, y una grande austeridad de costumbres.

Fué Apolonio Tiane el que entónces hizo mas ruido en el mundo, aficionado á las opiniones de Pitágoras, cuyo régimen seguia, comiendo solo legumbres, no bebiendo vino, y absteniéndose del comercio de las mugeres. Es tan famoso su nombre en la historia de la filosofia, y hablan nuestros incrédulos modernos con tanta complacencia de su sabiduría, de sus virtudes, y de sus pretendidos milagros, que no se puede dispensar en el particular de entrar en algunas menudas descripciones.

Nació en Tiane, villa de Capadocia, tres ó quatro años antes de Jesu-Christo este filósofo, á quien los espíritus fuertes de nuestro tiempo quisieran restituir su antigua celebridad. Un entendimiento elevado, una memoria admirable, una figura noble y graciosa, una eloqüencia dulce y penetrante, toda la ciencia que en su tiempo se podia adquirir, y una grande austeridad de costumbres, le elevaron á la mas alta consideracion. Viajó á la Persia para aprender la filosofia de los magos, discípulos de Zoroastro, y á la India para estudiar la de los brachmanes. Recorrió despues todas las célebres ciudades del Asia y de la Grecia, enseñando el culto de los dioses, censurando los vicios, y haciéndose admirar por las enérgicas y profun-

das sentencias que predicaba. Se trasladó á Roma baxo el reynado de Nerón, y atraxo á sí la plebe en esta capital del mundo, como lo habia executado en todas partes en donde se habia manifestado: le testificó el mayor aprecio el emperador Vespasiano: los oráculos no le nombraban sino con grandes elogios, y los pueblos seducidos le honraban como á un Dios. Se le atribuyen algunos prodigios, que no salen de la esfera en que Dios ha querido contener el poder de los demonios despues de su caída, y ciertas predicciones que tenia el arte de explicar, de modo que podian siempre adaptarse á lo venidero, de qualquiera género que fuesen: por otra parte estos hechos en que únicamente fundan la gloria de Apolonio algunos escritores de nuestros días, tienen todos los indicios de la ficcion. No habiendo tenido mas testigo que un cierto Damis, su discípulo y su confidente, y no habiendo sido transmitidos á la posteridad, sobre la garantía de un hombre tan sospechoso, sino por el sofista Filostrato, que vivió mas de dos siglos despues. Si se propusiesen á los incrédulos milagros y profecías apoyadas en pruebas tan frívolas, qué no dirian ellos, y con razon, para demostrar la falsedad de ellas! En un siglo tan ilustrado como el nuestro, quién creará que hombres condecorados con el título de filósofos hayan llevado la indecencia hasta comparar á este impostor con Jesu-christo! Que Hiérocles zeloso partidario de la idolatría, y perseguidor de los christianos, se haya atrevido á formar este paralelo impio, es lo que no se ve sin indignacion; pero que en el seno de la Iglesia algunos escritores no se avergonzasen de repetir tan absurda blasfemia, ¿no es un exceso, que debería ser aun desconocido por el honor mismo de la razon?

Los hereges y los filósofos idólatras no eran los únicos enemigos de que tenia que defenderse la religion: los sacerdotes, los artistas de todo género que sacaban su subsistencia de los templos, y todos los que vivian del culto de los ídolos conservaban un poderoso interes en excitar la política del gobierno y el furor de los pueblos para perseguir á los christianos; y quando con reflexion se pesa la reunion y la fuerza de causas que concurrían á destruir la Iglesia en su cuna, evidentemente se experimentaria que su caída fuera inevitable, si no hubiese tenido mas que un establecimiento humano.

CRONOLOGÍA

DE LOS CONCILIOS.

ADVERTENCIA.

Los concilios, cuya celebracion en otros tiempos era tan frecuente, como rara hoy, forman en gran parte épocas notables en la historia eclesiástica, que son como puntos de apoyo, por cantidad de hechos que la pertenecen, y tambien por un gran número de sucesos civiles; de que se puede juzgar lo mucho que importa fixar bien los tiempos en que han sido celebrados: y es la razon, porque hemos puesto toda la aplicacion de que somos capaces. Los sábios perciben las dificultades con que esta materia está enmarañada: para allanarlas hemos consultado á los mas hábiles críticos, como se reconocerá por nuestras citas: sin embargo, no hemos seguido ciegamente á estas guías; porque antes de adoptar sus decisiones, habemos examinado diligentemente sus razones. Quando entre sí no concuerdan, ordinariamente señalamos aquel cuyo dictámen preferimos. Algunas veces le oponemos nuestro particular juicio; mas esto solo sucede quando la evidencia nos obliga á ello, y en este caso juntamos la prueba á la asercion.

Explicamos los nombres de los concilios en latin, porque solamente en esta lengua se encuentran sus colecciones; pero despues los ponemos en idioma vulgar con los de las provincias á las quales pertenecen, sin que el lector quede frecuentemente expuesto á engañarse. Van señalados los nombres de los concilios generales con letras mayúsculas, para diferenciarlos de los otros. El asterisco advierte que aquellos á quienes se aplica no estan recibidos en la Iglesia.